

**I B A Ñ E Z**

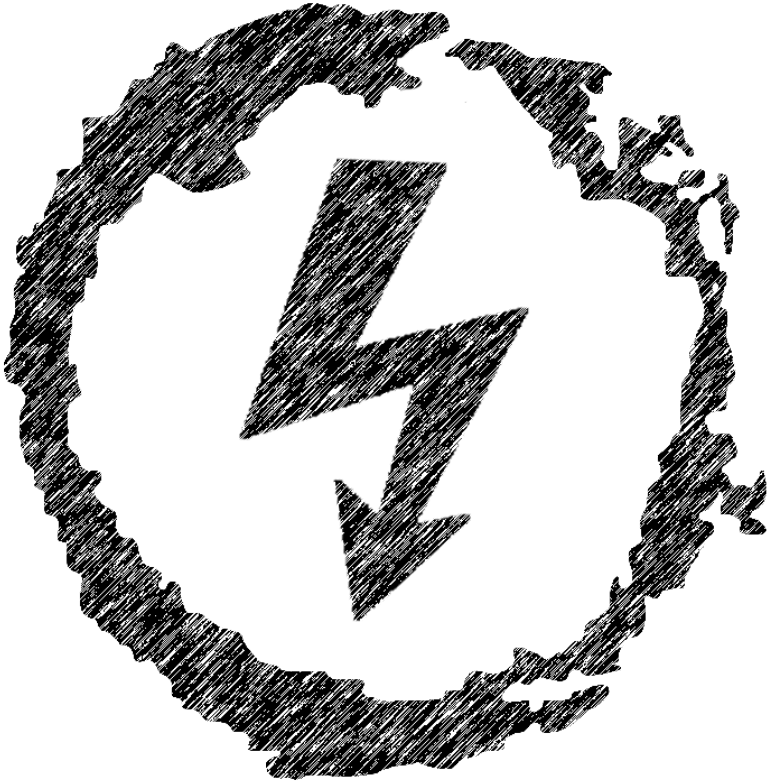
**y el 5 de Septiembre**

**AQUI YACEN LOS QUE CUMPLIERON**



Publicación de "Trabajo" del 24 de Marzo de 1939

**K U K L O X . X Y Z**



K U K L O X . X Y Z

Desde hace algún tiempo, un determinado sector ibañista, parapetado tras las columnas del micro-diario "Asiés" y de otras dos publicaciones semanales de tres al cuarto, viene realizando una campaña de difamación apuntada contra los dirigentes de la Vanguardia Popular Socialista y especialmente contra su Jefe Jorge González.

No es una campaña abierta y descarada, de violentos ataques. Al contrario: el veneno viene disimulado tras una cortina de aparente ecuanimidad y envuelto en una capa de confite laudatorio. Bien saben los que la dirigen que ese es el único método posible para obtener un resultado. Porque lo que se proponen no es otra cosa que lograr el desprestigio de los jefes vanguardistas ante sus propios prosélitos, a fin de atraer a éstos a las filas de la

A. P. L. y en torno al General Ibáñez. Y no lograrían su objetivo con un ataque franco y descubierto.

Desde las páginas de "Asiés" y encabezado por su director Trancredo Pinochet, ese grupo de ibañistas ha venido forjando en píldoras una fantástica mistificación alrededor del 5 de Septiembre, de la A. P. L. y del General Ibáñez, sin que hasta ahora se haya levantado una voz a poner en descubierto toda la mentira que hay en esa mistificación y a decir toda la verdad que ha de echarle por tierra.

Lo que voy a decir en estas líneas hace mucho tiempo que lo habría dicho, si no se hubiese interpuesto cada vez que lo intentaba la voluntad de Jorge González. Con un concepto de la lealtad que yo no comparto hasta ese extremo, él me pidió reiteradamente que no contestara

a esas insidias, para guardarle las espaldas a un hombre a quien había estado públicamente ligado en circunstancias memorables: Carlos Ibáñez.

Sin embargo, creo que ha llegado el momento de estimar en más la lealtad que se debe a una causa, a un escogido grupo de chilenos que en ella tiene puesta su fe y a la verdad misma que la lealtad que se debe sólo a un hombre, por digno de ella que fuese.

Es por eso que me he decidido a hablar esta vez, después de leer lo que dice Tancredo Pinochet en el número de su diario de anteayer, que viene a coronar esta sostenida campaña, tolerada por el General Ibáñez y estimulada, cuando no aplaudida sin reservas, por un sector preponderante de sus escogidos.

Ha coincidido felizmente este hecho con la circunstancia de estar ausente en Montevideo Jorge González lo cual me permite libre esta vez de la presión de su voluntad, colocar las cosas en su verdadero lugar.

A fin de deshacer la mistificación desde su base, creo necesario hacer un poco de historia.

Cuando el General Ibáñez llegó a Chile hace dos años, venía ya en calidad de candidato presidencial; pero a

pesar de todas las gestiones de sus amigos, encontró herméticamente cerradas las puertas de los partidos, y lo que es más, las puertas de su prensa. Se le temía, y con razón. Había en el país un sentimiento ibañista indiscutible, pero que no se hallaba encauzado en ninguna corriente partidista, sino disperso en todos los sectores y en todas las tiendas. Las directivas, sin embargo, le eran hostiles.

Quiero recordar otro escollo: la hostilidad, mejor dicho, el odio personal de Alessandri en contra de Ibáñez, no permitía a la burguesía ibañista aflorar francamente a la superficie política sino de contrabando. Digásmolo sin ambages: el ibañismo era vergonzante. Faltaba la herramienta que, desafiando la fobia oficial y fobia cesárea, le diera beligerancia política a esta corriente de opinión.

Y esa herramienta fué el Movimiento Nacional Socialista, que desde las columnas de este Diario comenzó una campaña esforzada y tenaz para darle prestancia pública a la candidatura Ibáñez.

Llegó así la fecha del primer Congreso General del Nacional Socialismo, y el 12 de Octubre de 1937 quedó oficialmente proclamada por primera vez la candidatura del General Ibáñez.

Desde ese día, lo que era un sentimiento intorme empezó a estructurarse y en torno al General comenzaron a juntarse las adhesiones.

No se conseguía, sin embargo, dar consistencia a la candidatura por la falta de un núcleo político poderoso que juntara en un solo haz a todos los partidarios. El Movimiento Nacional Socialista, por su fuerte contenido ideológico y la estrictez de su doctrina, no podía abarcarlos a todos, y los demás grupos adherentes, más que partidos eran sólo fracciones políticas.

Fué entonces cuando Jorge González, comprendiendo que el hecho de hallarse el ibañismo disperso en todas las tiendas y sectores hacía imposible la formación de un bloque de partidos, ideó la formación de una entidad que, más que de carácter partidista tuvo que ser personalista. Y así nació la Alianza Popular Libertadora, cuya concepción y cuyo nombre se deben a Jorge González.

Pero era preciso dotar a la A. P. L. de un programa, a fin de llegar a quitarle su carácter de conglomerado exclusivamente personalista. Y otra vez Jorge González fué el hombre de la acción. En compañía de algunos dirigentes del ex Movimiento Nacional Socialista, entre los

cuales me contó yo, redactó todos los puntos del programa presidencial de la A. P. L., que con infimas variaciones de detalle fué suscrito por el General Ibañez.

Todo lo que aquí voy diciendo es la esencia misma de la verdad. Si alguna de mis afirmaciones pudiera aparecer con sabor a propaganda o parecer humillantes para ciertas personas, lo lamentaré mucho, pero no puedo evitarlo. Estoy decidido a decir toda la verdad, como con majadería lo recomiendo "Asiés".

\* \* \*

Para acortar este trozo de historia, paso por alto la descripción de todos los esfuerzos realizados por el Movimiento Nacional Socialista, por su Jefe y por el diario "TRABAJO" en el desarrollo e impulso de la campaña presidencial de Ibañez. Todo el país los conoce y los ibañistas mejor que nadie. Este diario fué su órgano de prensa oficial, y todos los desfiles, concentraciones y manifestaciones públicas, en cualquier punto de la República, fueron organizados por el M. N. S. y el orador principal e incansable fué su Jefe.

Nadie lo puede negar, porque ahí están para afirmarlo los innumerables carcelazos, palos y sablazos cosechados en esa campaña, y que invariabilmente recaían sobre miembros del M. N. S.

\* \* \*

Sin embargo, se acercaba la fecha de la elección presidencial, y todos los cálculos que se habían hecho respecto de unidad de las izquierdas en torno de Ibáñez, habían fallado. Por circunstancias que no es del caso recordar, cada vez se empecinaban más los partidarios de uno y otro candidato popular y no se divisaba esperanza alguna de realizar la ansiada unidad. El triunfo de Ross aparecía de esta manera inevitable.

Era preciso hacer algo para evitar la catástrofe. Las cosas habían llegado a un extremo tal de tirantez, que el amor propio y la decencia política impedían plegar las banderas y entregar todas las fuerzas al candidato del Frente Popular, ya que los partidos que formaban este conglomerado se mostraban absolutamente cerrados a toda solución que significara el sacrificio de su propio candidato.

Tancredo Pinochet, repi-

tiendo una vez más una consigna de la campaña, afirma en su micro-diario: "Las izquierdas estaban divididas. Sin el infortunado golpe del 5 de septiembre, las fuerzas que apoyaban a Aguirre se habrían pasado a la candidatura Ibáñez, en su gran mayoría". Eso no es exacto. Y el General Ibáñez muy bien lo sabía. Sabía, además, que aunque la directiva del Frente Popular hubiese acordado retirar su candidato, lo que era ingenuo esperar, tampoco habría tenido esperanzas de triunfo, porque los socialistas ya habían anunciado, y lo habrían cumplido, que en caso de retirarse Aguirre Cerda ellos levantarían la candidatura de Grové. Y bien se comprende qué habría sido de Ibáñez sin los socialistas, cuando Aguirre Cerda, con el apoyo de toda la izquierda, apenas obtuvo 4.000 votos de ventaja sobre Ross...

Ibáñez, pues, sabía, como lo sabíamos nosotros dirigentes vanguardistas, que su candidatura estaba irremisiblemente perdida. Y lo que es más, que élla iba a ser acusada más tarde de haber sido la causa del triunfo de Ross. Había que hacer algo. Algo que significara la muerte de la candidatura Ross, para dejar la lucha circuns-

crita a los otros dos candidatos. Y ese algo era UN GOLPE MILITAR.

Ya en Enero de 1938, a raíz del famoso manifiesto del General Ibáñez en respuesta al discurso de Alessandri en la Escuela de Aviación, (aquel manifiesto ante el cual "se chupó" Alessandri) uno de los amigos íntimos del General, Agustín Vigorena, pidió al entonces Comisario Provincial del M. N. S. en Santiago, Guillermo Johnson, que alistara a 200 nacional-socialistas para llegar con ellos en cualquier momento hasta la Escuela de Caballería, pues el General Ibáñez tenía decidido irse a refugiar allí en caso que el Gobierno quisiera tomarlo preso por su manifiesto.

En otra oportunidad, después del manifiesto del 12 de Agosto, que Ibáñez firmara a repetidas instancias de Jorge González y que fué redactado por la propia mano de éste, con ocasión del desaire que Alessandri hiciera al delegado de los partidos del Frente que iba a pedirle garantías, Ibáñez volvió a participar al Jefe que se refugiaría en la Escuela de Caballería si Alessandri intentaba detenerlo, puesto que tan gran revuelo había producido en las derechas.

El golpe militar que se intentaba, pues, para matar la

candidatura Ross, tenía ya largos antecedentes. No era cosa improvisada, sino que había estado constituyendo por largos meses algo así como "una reserva" para casos extremos.

Y este golpe, no ya como reserva, sino como acción positiva directa, estaba en la mente de los ibañistas, que habían llegado a hacer del General Ibáñez el símbolo de un golpe en potencia. Los mismos que hablan hoy día de las posibilidades de la candidatura Ibáñez, de que los sucesos del 5 de Septiembre "echaron por tierra" la unidad en torno al General, saben demasiado que antes de esa fecha su opinión era de "que no hay que demorar", "esto se está cayendo de maduro", en fin, vivían con la vista clavada en el golpe revolucionario que alentaban con enorme entusiasmo... verbal, naturalmente.

Lo que ocurrió fué que el General Ibáñez no se decidía a darlo pronto, y el tiempo apremiaba. El impasse de las dos candidaturas populares no llevaba visos de resolverse y entretanto faltaban menos de dos meses para la elección.

Varios Regimientos de la guarnición de Santiago y otros de provincias estaban listos; los hombres de enlace designados y todo preparado

para el momento preciso. Lo único que faltaba era la orden del General. Y el General, presionado por Jorge González para decidirse pronto ante la urgencia del tiempo, pedía siempre un nuevo plazo: que dentro de tres días, que en la próxima semana, etc. Alimentaba la esperanza de que algún acontecimiento político imprevisto hiciese innecesaria la ejecución del complot. Pero el avance del tiempo no admitía más espera, y Jorge González, de acuerdo con Caupolicán Clavel, que era el intermediario principal ante los militares comprometidos, decidió dar el golpe el 5 de Septiembre, al día siguiente de la Marcha de la Victoria. Para ello contaba con la ayuda de los nacional socialistas, que habrían de encender la chispa y provocar el tumulto y la alarma pública que facilitara la acción de los Regimientos comprometidos, a favor del desconcierto que eso habría de producir en la Moneda.

El viernes 2 de Septiembre Jorge González, en presencia de Oscar Jiménez y Enrique Rojas, envió recado a Ibáñez con Caupolicán Clavel, participándole que el motín estallaría el día 5. El sábado Clavel comunicó al Jefe que el General pedía una vez más que fuese nuevamente pos-

terando su ejecución ahora hasta el jueves 8 dando una vez más también como excusa que "todavía faltaba hablar con algunos Regimientos".

Sin embargo, no era posible postergar otra vez una acción que era considerada como absolutamente imprescindible por unos y por otros y para la cual apenas quedaba ya plazo. No había más remedio que presentar al General los hechos consumados, para que se decidiera.

Queda, pues, perfectamente establecido que el General Ibáñez no desconocía el golpe que se preparaba, puesto que desde hacía varios meses había tomado parte en su preparación. Tenía él la directiva y su proyecto era dar un golpe exclusivamente militar. Si más tarde se produjo la intervención de los nacional socialistas, intervención que fué preparada por el M. N. S. paralelamente a la intervención militar, fué precisamente para provocar, con el máximo de facilidades una decisión siquiera pasiva del Ejército, decisión que se venía postergando inexplicablemente durante varias semanas, con lo cual se hacía cada vez más problemático su resultado. El M. N. S. tenía bajo su responsabilidad, por lo menos indirecta, la derrota de Ross

y no podía subordinar esa responsabilidad a la voluntad unilateral del General Ibáñez, cuya vacilación se acrecentaba a medida que se hacían más visibles las posibilidades de ejecución del golpe revolucionario.

El propio General Ibáñez proporcionó dinero y hasta facilitó una ametralladora Super Thompson al M. N. S.

\* \* \*

“El golpe de Gonzáles von Marées — dice Tancredo Pinochet — fué mal concebido, mal preparado y peor ejecutado”. Afirmación absolutamente gratuita y falsa. El golpe estaba perfectamente bien concebido y preparado, y su ejecución fué perfecta en la parte que correspondía a los nacional-socialistas. La prueba está en que, sin la intervención del Ejército EN SU CONTRA (cosa que ningún cerebro normal hubiera podido prever estando en antecedentes de lo convenido) los parapetados en la Universidad no habrían podido ser desalojados por la policía, y sin que hubiera mediado la rendición obtenida mediante la más inicua de las celadas, nadie habría sido capaz de desalojar a los ocupantes del Seguro Obrero.

Los muchachos nacional-socialistas cumplieron con su cometido a la perfección, y lo hicieron tal como se había planeado, con toda valentía. Si el resto de la conspiración falló y los regimientos que debieron actuar en su socorro no lo hicieron y hasta llegaron a determinar su rendición, es un asunto cuya explicación hasta el momento permanece para mí en el misterio.

Lo único que puedo asegurar es que el General Ibáñez, avisado en la mañana del 5 de septiembre de que el golpe se estaba realizando, a fin de que se fuera a la Escuela de Caballería a dar sus órdenes, no lo hizo, y, en cambio, más tarde se fué a entregar a la Escuela de Aplicación de Infantería, cuyo Comandante era el único del que se supo positivamente, en el curso de los preparativos del golpe militar, que resistía su ejecución.

Y me consta que esa tarde hubo oficiales, cuyos nombres conozco, que estuvieron en sus regimientos, arma al brazo, durante tres horas, esperando la orden del General Ibáñez, y en lugar de la orden esperada recibieron la noticia de su entrega al Comandante de la Escuela de Aplicación.

\* \* \*

Hasta aquí los hechos que precedieron al 5 de septiembre y las circunstancias que determinaron su fracaso. Si Tancredo Pinochet o el grupo de ibañistas santiaguinos que lo acompaña pretendieran poner en tela de juicio el menor detalle de todo lo que he expuesto, los invito a nombrar un Tribunal de Honor para que resuelva, con pleno conocimiento de las pruebas y previo examen riguroso de los testigos, si lo que yo afirmo es la verdad o lo que ellos insinúan es lo cierto.

\* \* \*

En este punto, me parece conveniente destacar dos actitudes que hasta el momento me ha estado vedado comentar. Me refiero a la actitud de Jorge González y la del General Ibañez después del 5 de septiembre.

Producido el desastre, Ibañez fué tomado prisionero y Jorge González se presentó voluntariamente a la justicia. Sin titubear, sin un asomo de vacilación, como ha procedido en todas las circunstancias memorables de su carrera política, Jorge González asumió por entero toda la responsabilidad del golpe fracasado. Echó sobre sus hombros la responsabi-

lidad exclusiva de lo obrado y cuidó de separar del camino de la justicia un nombre sobre el cual se descargaban en aquellos días, las iras de la prensa derechista casi con la misma fuerza que llovían los dictérios y los apóstrofes de los servidores del régimen, sobre el Jefe del M. N. S. Ese nombre era el de Carlos Ibañez.

Estimó Jorge González que el solo hecho de haber procedido en el último instante sin obtener la venia del General para el día preciso, bastaba para verse obligado a resguardarle las espaldas y librarlo de toda culpabilidad.

Y así lo hizo. Cargó él solo con los sesenta y tres cadáveres y se expuso a aparecer ante el país como un loco o un imbécil, que había organizado una revolución sin contar con otra cosa que sus cien muchachos heroicos. En su declaración pública a la prensa y en la que prestó ante la justicia, liberó al General de toda culpa y llegó hasta ocultar la verdad entera, en aras de su afán de lealtad, afirmando que Ibañez no tenía absolutamente ninguna participación en el golpe proyectado y que sólo él, únicamente él, Jorge González, era el que lo había concebido y preparado todo desde mucho tiempo atrás.

Entretanto el General Ibáñez aceptó esa actitud de Jorge González; guardó silencio ante la declaración del Jefe del M. N. S. y negó delante de la justicia toda participación suya, dejando a Jorge González que cargara él solo, ante la justicia y ante el país, con las sesenta y tres cruces del Seguro Obrero.

Duro era para nosotros, los que conocíamos la realidad de los hechos, aceptar una situación que significaba dejar a nuestro Jefe ante el país como un insensato que se había lanzado a una aventura loca. Y sin embargo, tuvimos que callar por respeto al deber de lealtad que el propio Jefe se había impuesto y por la necesidad de mantener una situación que, de haberse roto entonces, habría significado la disgregación de las fuerzas anti-derechistas.

Y para que se pueda apreciar hasta qué punto ha sido de heroico este silencio que ahora, por primera vez, he roto yo, es preciso que se sepa que él fué la causa de graves inquietudes que conmovieron y conmueven aún las filas de los prosélitos, trabajados solapadamente por los adversarios para introducirles en el alma la duda contra el Jefe. En el Congreso de Enero pasado, ante el

compacto grupo de los delegados, Jorge González hizo una exposición completa de los hechos en sesión secreta, invocando la disciplina del Partido para conminarles a no divulgar la entera verdad de ellos.

Y la consigna se ha cumplido hasta este instante, en que yo la rompo asumiendo la plena y exclusiva responsabilidad de mi actitud. Y lo hago porque creo que debo sacrificar la lealtad que el Jefe estima deberle al General Ibáñez, a la lealtad que yo le debo al Jefe.

\* \* \*

Ahora es preciso tratar otro punto con el cual se ha mistificado y se sigue mistificando a la opinión desde los órganos de prensa del ibañismo. Me refiero a la unidad de las izquierdas.

Constantemente se presenta a Ibáñez como el factor de la unidad izquierdista ante la lucha presidencial. Frases como estas de Tancredo Pinochet en su "Asiés", se repiten con majadería sin igual: "Ibáñez en la cárcel para evitar el triunfo de las derechas, pidió a todos sus adherentes que votaran por Aguirre y ofreció a éste su concurso para su gobierno"; "Ibáñez puso todas sus fuerzas y toda su inteligencia para lograr que triunfara

Aguirre", y cien por el estilo.

Estoy ya cansado de oír repetir esa impostura y voy a decir también sobre ella toda la verdad.

Inmediatamente que pudimos ponernos en contacto con Jorge González, terminada su larga incomunicación, escuchamos de sus labios esta consigna: "Hay que realizar a toda costa la unidad de las izquierdas en torno a Aguirre Cerda; de otra manera es inevitable el triunfo de Ross". Para eso era preciso no cortar relaciones con Ibáñez ni con los ibañistas guardando el secreto del 5 de Septiembre, y procurar ejercer toda la influencia de que fuéramos capaces para inducir a Ibáñez y a su grupo a plegarse a Aguirre Cerda.

Con precisión de detalles recuerdo todo el trabajo que aquello costó. Día a día salían de la Penitenciaría recados y emisarios enviados por el Jefe a Ibáñez y a los más destacados dirigentes de su grupo, conminándolos a tomar la única actitud que podía salvar a las izquierdas. Sin embargo, no se decidían.

Como un documento de un valor probatorio incontrovertible, puedo citar el número "brujo" de "Trabajo" que logré hacer imprimir en las proximidades de la elección

presidencial. En ese número aparece una carta de Ibáñez en la que renuncia su candidatura y deja a sus amigos "en libertad de acción". Era lo único que se había logrado sacarle hasta entonces. Se había negado obstinadamente a pedir el apoyo de sus partidarios para Aguirre Cerda. En cambio, en ese mismo número brujo se publica un manifiesto de Jorge González a los nacional socialistas en el que categóricamente les pide "que presten su decidido concurso a la candidatura Aguirre Cerda otorgándole sus sufragios y cooperando a ella en toda forma, con el mismo entusiasmo y desinterés que lo hicieron por la candidatura Ibáñez". ¡Y a fe que los nacional socialistas respondieron al llamado de su Jefe!

Recuerdo, además, como si fuera hoy, la indignación producida entre los grandes sacerdotes del ibañismo por un reportaje a Jorge González aparecido en la revista "Ercilla" en el que el Jefe del M. N. S. manifestaba su opinión franca y decidida en el sentido de la necesidad que existía para los izquierdistas de apoyar a Aguirre. Se habló de deslealtad, de traición, de indisciplina; se dijo que con ese reportaje se había roto la A. P.

L. y se llegó a decir que, por segunda vez, Jorge González "se disparaba solo".

Y no se trataba de otra cosa que de una maniobra heroica del Jefe que, ante la indecisión interminable de los ibañistas y de su abanderado máximo, había resuelto nuevamente obligarlos a actuar en el único sentido en que podía esperarse una salvación: poniéndolos en presencia de "hechos consumados".

Fué así cómo se produjo la decisión de última hora de Ibáñez y de los ibañistas para apoyar a Aguirre. Fueron materialmente empujados por el M. N. S.. No les quedó otra cosa que hacer, sin pasar por traidores al pueblo y únicos responsables de una derrota.

Las cosas son, pues, enteramente distintas de como las pintan ahora los redactores de "Asiés" y otras publicaciones por el estilo.

• • •

Para terminar esta relación de hechos, que viene a desmentir categóricamente las aseveraciones que ha venido haciendo Tancredo Pinochet y su equipo de redactores desde hace algún tiempo, quiero referirme a una última prueba que demues-

tra hasta qué punto llega la lealtad que hemos sabido guardar a Ibáñez tanto Jorge González como todos los dirigentes vanguardistas.

Bien se puede comprender que después de todo lo sucedido y conocido, muy poco podía ser el entusiasmo que guardáramos los dirigentes por Ibáñez. Sin embargo, estábamos ligados a él y a sus partidarios dentro de la A. P. L., y esa confederación, mientras en ella tuviéramos influencia, había de servir para mantener en la línea de apoyo al Gobierno a todos los reacios de las filas ibañistas. Y en efecto, la representación de la Vanguardia, apoyada por Ricardo Latcham y la U. S., mientras formó parte de la A. P. L. fué capaz de mantener en la línea gobiernista a todo el conglomerado.

Cuando llegó el General Ibáñez de Argentina, de vuelta de su voluntario destierro temporal, la Vanguardia concurre a recibirlo con sus huestes uniformadas, como correspondía, y con el firme propósito de mantener la unión mientras fuera beneficiosa para la unidad popular que se precisa para consolidar el triunfo de Octubre. Sin embargo, a los pocos días, recién llegado, el General llamó a Jorge González y le participó su decisión de desha-

cer la alianza de partidos que formaba la A. P. L.

Naturalmente, Jorge González aceptó de inmediato, porque comprendió que hasta ese punto llegaba su deber.

Hé aquí, pues, la realidad de la ruptura de la Alianza Popular Libertadora. Muy distinta, por cierto, de la versión que se acostumbra a dar en las publicaciones ibañistas.

\*\*\*

Antes de terminar, debo referirme al aspecto más repugnante de la campaña emprendida desde "Asiés" y otros sectores, y de la cual aparece como capitán e inspirador Tancredo Pinochet, sin que me atreva a asegurar que realmente lo es.

Es aquella encaminada a introducir la cizaña en nuestro hogar, procurando levantar una barrera de insidia y de iniquidad entre la V. P. S. y sus mártires.

Para ello se han valido de dos armas que jamás debiera empuñar un caballero: el silencio guardado alrededor de la actuación de Ibáñez en el 5 de septiembre, y la obligada espera que nos impuso el terremoto del 24 de enero en nuestras demandas de justicia.

Empuñando esas dos ar-

mas, Tancredo Pinochet y sus secuaces han estado lanzando contra Jorge González montañas de insidia. Yo no puedo concebir que un hombre que se dice inteligente y culto crea de buena fe que los vanguardistas y este diario debieron continuar su campaña en demanda de justicia, sin importarles un ardite pasar por sobre toda la tragedia del 24 de enero y sus consecuencias. No puedo concebir que haya alguign con un adarme de tino y discreción, que no comprenda que era imposible continuar la campaña en pro de la justicia, mientras regiones enteras del país se hallaban en la ruina, mientras el dolor y la desesperación estremecían de un extremo a otro al territorio, mientras todo el país se hallaba preocupado de aportar su concurso para remediar el daño imponderable.

No puedo concebir que un hombre que posea el mínimo de la prudencia no se dé cuenta de que no era ese el momento oportuno para insistir en algo que, por trascendental que fuese para los vanguardistas y para el pueblo en general, había sido transitoriamente superado por la magnitud de esa otra catástrofe. Si a pesar de todo hubiera continuado este dia-

no su campaña, se habría hecho culpable ante la memoria de los mártires de exponerse a convertir su recuerdo y la exigencia de justicia en algo majadero y odioso para el pueblo.

Y eso podrá hacerlo Tancredo Pinochet pero no lo hará jamás este diario, del que fuera Sub-Director César Parada y redactor Francisco Maldonado.

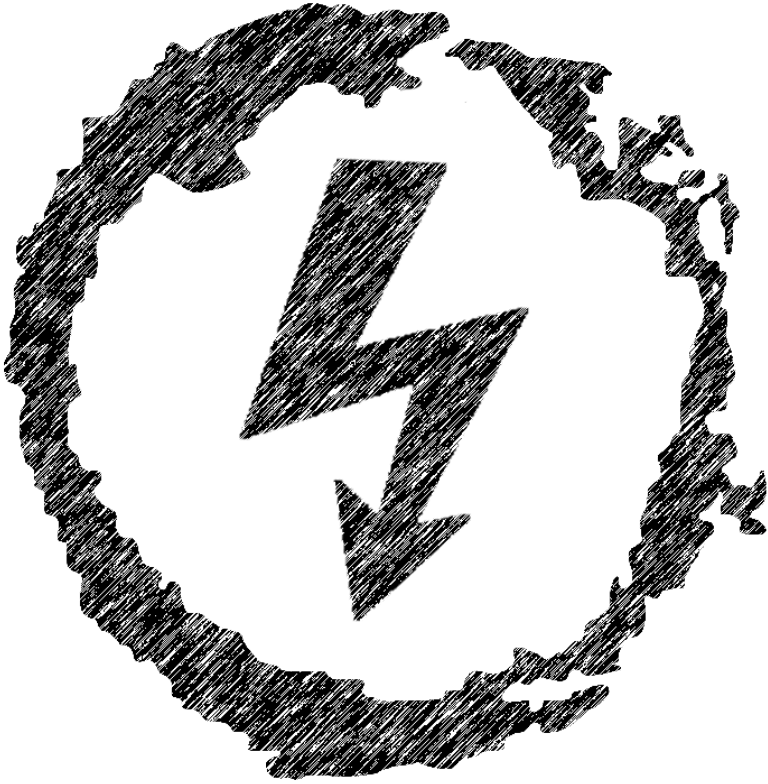
Yo acuso a ese grupo de escritores, a la cabeza del cual figura Tancredo Pinochet, de haber aprovechado maliciosamente las circuns-

tancias expuestas, para llegar con sus insidias hasta el corazón sentimental de nuestros camaradas, fácilmente impresionables con una hipócrita defensa de sus mártires. Lo acuso de haber utilizado la más innoble de las armas para introducir el descontento y la duda entre los vanguardistas, y atraerlos hacia su bando.

Y el General Ibáñez podrá pedir cuentas a los que forman ese grupo de haberme obligado a decir estas cosas.

**Javier Cox**

Director de "TRABAJO"



K U K L O X . X Y Z